

Inteligencia múltiple: el juego

Anoche recordaba el gusto que me daba ver jugar a mis hijos, cuando eran pequeños. En realidad hoy, siendo hombres ya, se sientan a la mesa y disfrutan de momentos similares a aquellos, aunque el tiempo haya pasado.

De bebés ya me hacían reír. Tiraban una y otra vez los objetos. Conocían así: gestos, miradas, códigos de comunicación que más tarde se irían desarrollando. Conocían el mundo...

Verlos correrse uno al otro con mis cucharones, jugando al Zorro me ponía nerviosa. Nunca quise comprarles armas de juguetes, pero ellos se las ingeniaban de todas formas y mientras más los miraba, más peleaban y cuando menos lo esperaba alguno de ellos deponía su espada y el conflicto se dirimía en una sonrisa exitosa de alguno y el "puchero" que contenía las lágrimas, del otro. Pero así fueron aprendiendo que no siempre se gana...

Después, dos eran pocos. Había que sumar a los hijos, los amigos de los hijos. Tardes de canchita con pelota, mancha, escondida y "fulbito". Tardes con chinchon y truco. Tardes de Monopoly y T.EG. Discusiones eternas para dirimir la justicia del árbitro que tantas veces fue algún papá que de ser el que "tenía la justa" pasaba a ser "el que no sabía nada". Alguna pelea se deslizaba también, porque alguno hacía trampa y eso no estaba bien, sobre todo si no eran ellos las que la hacían. Nunca faltaba el: _ Fulanito, así no se juega!..... No seas tramposo, Menganito!!

El mundo adulto se les iba presentando en miniatura. Aprendían sin saberlo, que existía el egoísmo, la soberbia, la injusticia, *el deseo de superación, la autosuperación; que en la vida hay reglas y que no siempre se cumplen; que existe el abrazo del amigo cuando uno no gana y el festejo infinito con él cuando la gloria del éxito se roza con la punta de los dedos.*

Juegos individuales, juegos sociales, juegos y más juegos se presentan en nuestras vidas desde que somos muy pequeños. Y así, sin darnos cuenta, nosotros, los padres, vamos percibiendo en qué se destacan nuestros hijos.

¿Quién iba a decir hacer años atrás que aquel que corría era inteligente? Seguramente se lo iba a tildar de inquieto, de hábil, pero no de inteligente. O que aquel que tamborileaba sus dedos, no era un molesto? O tal vez, que ese niño que gustaba tan sólo de dibujar, no era ensimismado, o un "chico tranquilo"?

A partir de la pasada década del 80, un nuevo modelo de inteligencia se ha puesto sobre el tapete. Los estudios desarrollados en el terreno de la neurociencia y la neuropsicología han arribado a un nuevo criterio respecto a la inteligencia. Propone no cuantificarla.

Esta renovada visión fue desarrollada por Howard Gardner, psicólogo estadounidense contemporáneo quien además de proponer no cuantificar la inteligencia, la define como la “capacidad para resolver problemas o elaborar productos valiosos en una o más culturas”

Esta concepción renovadora da una nueva impronta, estimula, porque a partir de ella podemos pensar que podemos ser cada vez mejores, en todo. Esa capacidad de la que se habla se contrapone al viejo modelo en el que se postula que se nace con determinada inteligencia cuantificable y que ésta es inmodificable.

Nuestra capacidad puede ampliarse. Así el niño que no es tan veloz como otro, con estímulo, práctica, deseo, voluntad, podrá ver cómo poco a poco va mejorando. Tal vez no logre ser el más veloz pero él verá su progreso de una manera diferente, más significativa, si nosotros, como adultos, llegamos a entender y valorar su evolución, el crecimiento de su capacidad, antes menor.

Si bien esta es una visión positiva e impactante, lo es también la de pensar en lograr explotar nuestra mayor capacidad. Esa es la que nos sentimos más cómodos. Ésa que nos distingue de los otros.

¿Quién no quiere desempeñarse desde el lugar que le es más ameno? Ése es el de la inteligencia más desarrollado.

Como docente puedo observar a mis alumnos. En el cuento “Virtudes Choique” se encuentra plasmado esto que hoy intento transmitir. Ella felicita a cada uno de sus alumnos por ser el mejor alumno. Cada niño al llegar a su hogar, transmite la feliz noticia a sus padres. Una familia decide dar una fiesta para celebrarlo. Cuando todos están reunidos el dueño de casa invita a un brindis porque su hijo es el mejor alumno. Es entonces cuando se arma la discusión y lógicamente se pone en tela de juicio a la maestra quien pasa a ser una mentirosa. La señorita Virtudes entonces, pasa a explicar a cada familia que su hijo es el mejor alumno en algo en particular y que ella no ha mentado. Cada uno se destacaba porque su inteligencia se había desarrollado más significativamente en algún área.

Quien incorpora estos nuevos criterios logra valorar al niño desde otro lugar. Le quita peso a esa inteligencia sólo mensurable en Lengua y Matemática para distribuírselo a otras áreas tan importantes como las anteriores.

Ahora estamos comprendiendo que las ocho inteligencias postuladas por Gardner: Lingüística, Lógico matemática, Musical, Corporal cinestésica, Espacial, Interpersonal, Intrapersonal y Naturalista, pueden llevar al éxito social, personal, sintiendo el placer de realizar aquello que más nos satisface.

Como padres, como docentes, como terapeutas, tenemos que tener la habilidad de captar cuál es el tipo de inteligencia más desarrollada, en este caso de los

niños porque hablamos de ellos, pero también vale para los adultos, para que a partir de esa capacidad podamos incentivar el logro de metas significativas, estimulantes para ellos; que le generen el placer y la satisfacción de aprender.

Esto lo lograremos cuando la capacidad emocional se profundice y se expanda. Esta inteligencia les permitirá autoconocerse, autocontrolarse, optimizar los resultados. La autoconciencia, el autocontrol harán que se desenvuelva con empatía, plantearse un proyecto de vida, una meta a seguir con perseverancia, tenacidad, sin dejar que el desaliento le haga abandonar sus proyectos.

Por supuesto que esta habilidad es inacabable. La desarrollara y aplicará a lo largo de su vida. Los adultos no tomamos conciencia, pero convivimos con ella y deberíamos ser capaces de estimularla al máximo.

Generar espacios de expresión de ideas, exponer las producciones logradas, incentivar la autocrítica y la crítica en general, de manera respetuosa, con el afán de aportar constructivamente, son algunas de las estrategias que podemos utilizar para favorecer el desarrollo de la inteligencia emocional.

Existe aún tanto por hacer que pareciera que todo es poco. Pero es necesario emprender el camino que nos lleve a superar antiguas concepciones y poner en práctica el modelo alternativo que propone tener en cuenta que somos seres perfectibles, sin embargo esa perfección dependerá de las personas que nos rodeen y de cómo valoren nuestras capacidades.

Les debemos a los niños el darle la oportunidad de crecer, desarrollarse, desde su mejor perfil, el que les haga más feliz, el que les permita sentir que tienen mucho para dar, que son valorados y también el de darles la posibilidad de ofrecer y compartir aquello de lo que son capaces.

Siempre es bueno jugar. Juguemos a cambiar el mundo, empezando por nosotros y nuestra manera de hacer las cosas.

Adriana Aguilera
Docente de nivel primario